

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

¿QUÉ ES EL CATOLICISMO?

I.

Es cosa muy triste que en la nación, que fué en otros tiempos *la católica España*, no solo se haya concedido á la impiedad el derecho de exhibirse en público, sino que esta lo haya estremado de una manera abusiva presentándose con tanto descoco y altanería. Lastima el corazon el ruido de las negaciones, de los sarcasmos, de las blasfemias que han caido rodando de las alturas sociales, á guisa de grandes pedruscos desprendidos de la cumbre de una sierra; pero hay todavía una cosa si no tan afflictiva, mas repugnante, una cosa que no solo da pena sino que tambien causa grima. Al fin y al cabo los que desatan sus procaces lenguas ó emplean su venenosa pluma en inferir groseros ultrages á la religion de nuestros mayores, llevan una especie de correctivo en el mismo escándalo que producen: son tanto menos peligrosos cuanto son mas francamente impíos; no hay que tenerlos simplemente por ovejas descarriadas, porque sobrado á las claras manifiestan que no quieren pertenecer al rebaño de Jesucristo. Peor que el lobo que desde lejos enseña sus garras, es el lobo que cubierto con la piel de oveja intenta penetrar en el aprisco: peor que el descaro de la impiedad es su hipocresia.

Ensalzar, defender ó siquiera cohonestar máximas del todo opuestas al espíritu del evangelio, sentar proposiciones de ningun mo-

do conformes con las doctrinas de la Iglesia, dictar arbitrarias medidas que tienden abierta ó simuladamente á desprestigiarla, cohibirla y encadenarla, usurpar sus derechos, sus bienes y sus facultades, idear proyectos que no pueden obtener la aprobacion del sumo pontifice ni del episcopado ni de los fieles verdaderos, arrostrar con serena frente su animadversion y sus censuras, y al mismo tiempo blasonar de católicos, es cosa tan repugnante de suyo, es un maquiavelismo de tan mal género, que no encontramos adjetivo para calificarlo. La travesura de un niño que se lanzara á las mejillas de su madre, le clavara los dientes hasta enrojecerlos de sangre, y quisiera luego sostener que solamente le ha dado un beso, seria tal vez un simil bastante adecuado.

¿Os empeñais en vejar y oprimir á la Iglesia de Jesucristo? quereis destruirla y aniquilarla? Pues ahí la teneis: abofeteadla, coronadla de espinas, crucificadla; pero ¿qué necesidad hay del *Ave rex*, ni del beso de Judas? ¿A qué viene esto de afirmar que quereis vivir y morir en su regazo, cuando estais haciendo méritos para que ella os arroje de su seno? cuando no pensais mas que en reducirla á la condicion de esclava y en hacerla llorar á lágrima viva? cuando estais firmando pactos de alianza con sus mas encarnizados enemigos? ¿Ó creeis por ventura que no perteneceis al ejército de estos, porque no disparais gruesa artillería y solo trabajais en las compañías de zapadores?

Que en otros tiempos se hicieran esos mentidos alardes de catolicismo, que se prodigarán las protestas de adhesión á una causa en el acto mismo de combatirla, que se tratara de ocultar entre flores el puñal que se blandía, esto nada tiene de extraño: no se temía á Dios y se tenía miedo al código penal. A aquellos valientes les faltaba el valor de sus pretendidas convicciones; pero ahora estamos bajo el amparo de una ley que ni proclama, ni venera, ni reconoce la divinidad de Jesucristo, de una ley en cuya balanza el acto mas ferviente de adoracion y la blasfemia mas escandalosa pesan lo mismo. ¿Qué necesidad hay pues de salvar las apariencias? Estos fariseos de nuevo cuño ¿qué excusa pueden alegar para su hipocresía? ¿Será que traten de engañar al pueblo? cómo! esos modernos Catones se prestarían á tan indigna farsa? ¿Será que ellos mismos sean los engañados? cómo! estos sabios Licurgos han de ignorar hasta los rudimentos del catecismo? ¿Se llaman católicos! ¿creen por ventura que para serlo basta decirlo? ¿Para testimonio de su fé ha de ser suficiente su palabra sin ninguna otra garantía? ¿No saben lo que es el catolicismo?

¿Y qué es el catolicismo? No se trata de dar aquí una definicion como en las escuelas, ni de investigar el origen y significacion de esta palabra, ni de formular una disertacion teológica que abrace todos los puntos de doctrina en ella comprendidos. Prescindimos aquí de cuantos y cuales sean los artículos que componen el credo católico, porque con uno solo tenemos lo suficiente: prescindimos, á lo menos por ahora, de si es una doctrina celestial traída al mundo por el mismo hijo de Dios, ó de si es un cúmulo de errores compaginados por la mano del hombre. Institucion divina ó institucion puramente humana, ello es que cuenta mas de diez y ocho siglos de antigüedad, y que este largo espacio de tiempo le da un derecho de prescripcion incontrovertible para formar una sociedad legitimamente constituida así como está sabiamente organizada. Esta sociedad tiene sus bases históricas, sus leyes esenciales, sus reglamentos fijos; y el que se figura estar dispensado de

acatarlos, el que prefiere á la sumision la rebeldía, el que maquina tenazmente para destruirlos, no puede pertenecer á ella: ni aun necesita que le escomulguen, porque él mismo se escomulga. Esto es á todas luces evidente. Sea pues el catolicismo lo que nosotros creemos y confesamos, ó sea lo que suponen sus adversarios, así bajo un punto de vista como bajo el otro, es un absurdo ridículo, una pretension descabellada la de llamarse católicos y querer ser tenidos en opinion de verdaderos creyentes, los que se ponen en flagrante contradiccion con uno de sus principios fundamentales. No hay que luchar contra viento y marea, no hay razones ni sutilezas ni subterfugios que valgan. Entre ser católico y no serlo la línea divisoria es tan clara, tan marcada, de color tan subido, que es menester ser ciegos de nacimiento para no verla. El campo católico está cercado por todas partes de una recia pared, y no sirve decir que se está dentro cuando se han puesto los piés fuera de ella.

¿Qué es el catolicismo? Es un conjunto de dogmas que se han de creer y de preceptos que se han de observar, acerca de los cuales no puede ocurrir la menor duda, puesto que existe una autoridad visible, permanente, indisputable para fijarlos, definirlos y explicarlos. Cuando esta autoridad habla, cuando se sabe de antemano lo que diría en caso de hablar, no hay mas remedio que doblar la cerviz: quien no la dobla no es católico. El talento, la instruccion, la dignidad, la ciencia, la razon individual, la razon de estado no forman escepciones en favor de nadie: el simple fiel y el docto prelado, el súbdito oscuro y el monarca poderoso, el lego de mas cortos alcances así como el mas profundo teólogo y el mas hábil canonista, todos están igualmente obligados á someterse á las decisiones de esta autoridad; de no, salen de la esfera del catolicismo. De él forman parte integrante las reglas de moral que por la fragilidad humana sobradas veces infringimos, en este caso somos malos católicos; pero si á mas de la transgresion de los preceptos no reconociéramos en ellos el carácter de tales, si sostuviésemos con tena-

cidad una interpretación arbitraria nada conforme con las admitidas por la Iglesia, si nos empeñásemos en que el acto que ella reputa ilícito cabe dentro de la moral del evangelio, si á la flaqueza de la carne añadiésemos la rebeldía del espíritu, entonces no seríamos católicos ni buenos ni malos. Para serlo, según la estricta acepción de esta palabra, no basta haber recibido en nuestras frentes el agua bautismal, no basta orar en nuestros templos, no basta inscribirnos con este nombre en los registros civiles. ¿Qué valen ante Dios las estadísticas de los hombres? Para ser católico es una condición indispensable la fe, completa la sumisión del entendimiento á la autoridad religiosa. Todo aquel que solo atiende á su criterio individual, que prefiere su propio juicio al juicio de la Iglesia, que no está dispuesto á sacrificar su razón en las aras del principio autoritario, no cabe dentro del seno del catolicismo.

Parece imposible que verdades tan sencillas y tan irrefutables sean desconocidas de hombres, cuya gerarquía y cuyos conocimientos en otras materias les elevan de muchos codos sobre el nivel de sus conciudadanos. Si no fuera una insigne mala fé, contra la cual de nada sirve el raciocinio, sería una insensatez palmaria el empeño de hacerse fuertes en posiciones insostenibles. Escójase el texto sagrado mas ambiguo, mas abstruso, mas ocasionado á interpretaciones distintas ú opuestas; desde el momento en que la autoridad competente declara de que manera ha de entenderse, transformado queda en texto claro, terminante, decisivo. Escójase el punto de doctrina mas obscuro que la historia pueda ofrecer, ¿habló la autoridad? pues entonces no hizo mas que decir *fiat lux*, y de repente desaparecieron las tinieblas. Dentro del catolicismo cabe una infinidad de opiniones sobre puntos no definidos, hay materia abundantísima para la discusión; pero si las olas de este mar se encrepan, corran hácia la derecha ó corran hácia la izquierda, al fin y al cabo han de estrellarse en la playa, al tropezar con la valla de arena que les dice: *de ahí no podeis pasar*. Cuando en cuestiones prácticas la autoridad dice, como

Juan Bautista á Herodes, *non licet tibi*, no hay que darle vueltas, no hay que ir en busca de letrados defensores: cuando en cuestiones de doctrina dice «este es el dogma católico», no hay que andarse con Pilatos preguntando *quid est veritas?*

Acaso nos diria alguno: Pues este principio de autoridad tan inflexible y absoluto, este sello indeleble del catolicismo, distintivo peculiar que no permite confundirlo con ninguna de las otras religiones, este poder que dirime las contiendas, desvaneca las dudas, fija y determina las creencias, que da fuerza obligatoria á los preceptos y se opone cual muro de bronce á la libertad de las opiniones, que con su inevitable presión destruye y anonada la espontaneidad de la conciencia humana, este poder inmenso, esta teocracia indiscutible ¿ha de ejercer su jurisdicción sobre todas las materias? ¿Se estiende por ventura sobre las cuestiones simplemente políticas, sobre los derechos particulares, sobre las deducciones científicas? Lo verde se convertirá en azul porque azul lo llame?—De ningun modo.—Pues bien, ¿no son hombres los que ejercen este poder, los que representan esta autoridad? ¿No están por lo mismo sujetos á todas las debilidades y miserias del hombre? ¿Son de diferente metal su corazón y su cabeza? Pues si están espuestos como los demás á preocuparse y obrar por pasión ó por interés, ¿quién negará que, inconcientemente si se quiere, puedan abusar de su posición, alucinarse de buena fe, estralimitarse de sus facultades y decidir en materias que no son de su estricta competencia?

Al que tales objeciones nos hiciese le contestaríamos simplemente: ¿Y tú qué crees acerca del catolicismo? ¿Es una invención humana ó una institución divina? Si lo último, fácilmente comprenderás que toda tu argumentación cae por su peso, y que no caben abusos ni estralimitaciones en autoridad conferida y asistida por Dios. Ahora, si Jesus de Nazareth no fué mas que un hombre, si el edificio que él ó sus apóstoles consiguieron levantar sobre las ruinas del paganismo no pasa de ser una obra humana, entonces tanto te im-

portará ser católico como budhista ú otra cosa cualquiera. El catolicismo es así, una religion inflexible, que ni cede ni transige con los razonamientos de los filósofos, ni con los caprichos de los magnates, ni por las violencias de los poderosos, una sociedad que ni por nada ni por nadie altera su reglamento constitutivo: sobre el principio de autoridad la establecieron sus fundadores, sobre él ha permanecido siempre, y sobre él continuará al través de los siglos; y no has de ser tú quien ha de cambiarla, que fuera lo mismo que destruirla. Así pues, no hay mas remedio, ó aceptar esté principio, ó... salir del catolicismo. Las puertas están abiertas: si despues lo estarán ó no para tí las del cielo, esto es ya otra cuestion. Jesucristo á nadie quiere llevar de remolque, quiere que le sigan de buen grado; dijo *qui VULT venire post me*. Pero cuidado con seguir llamándose católicos, despues de haber rechazado la voz de aquellos á quienes ha delegado su autoridad indisputable. A las cosas y á las personas hay que darles su nombre mas apropiado, y el de apóstatas es el que mejor cuadra á los desertores del catolicismo. El vocablo es bastante duro y nada honorífico por cierto; pero de poco sirve que la lengua no lo pronuncie si ya el corazon lo lleva escrito.

T. AGUILÓ.

JESUCRISTO.

VIII.

De suave y rica esencia cargados están los efluvios del azulado lirio, sin que obstáculo sean á su fragancia las apiñadas nubes de la noche mas sombría. Oh! si de la misma suerte las nieblas de la incredulidad ó de la duda permitiesen al corazon, que en su atmósfera respira, exhalar como un perfume las emanaciones del sentimiento religioso, excitado por la contemplacion de las antiguas verdades del cristianismo! De seguro que á estas no se las rechazaria si fuesen profunda y tranquilamente meditadas. Los adversarios de la fe cristiana lo son porque no han tenido con ella un trato familiar y expansivo: apenas la conocen mas que de vista, y no se han cuidado nunca de trabar con ella un co-

nocimiento mas perfecto. La fe es una planta sembrada á veces en un terreno árido de suyo; pero cultivadla con esmero, regadla con abundancia; y vereis como despliega su lozanía.

El Verbo eterno hecho carne, Dios hecho hombre, y por su inefable amor á la humanidad estar agonizando en afrentoso leño, en medio de los escarnios de la soldadesca y del silencioso estupor de los serafines, no hay para qué negarlo, es un misterio que abrumba á la flaca razon humana. No puede esta comprenderlo; pero tampoco puede concebir un ideal mas sublime, una situacion mas imponente, un hecho mas trascendental y maravilloso. Si la divinidad de Jesucristo fuese una mera ficcion poética para dar mayor interés al drama de su muerte, es preciso confesar que ni en las épocas antiguas ni en las modernas ha florecido trágico alguno que se haya elevado á tanta altura. El pueblo de los tiempos apostólicos hubiera sido mas poeta que Sófocles y Eurípides, que Corneille y Shakespeare. Mas, si la divinidad del Hijo de María, en el caso de ser una invencion, seria el último grado á que pudieran llegar los atrevimientos del genio, siendo como es una verdad ¿podrá dejar de influir poderosamente en el espíritu de quien sobre ella reflexione y medite? Estudiar la admirable economía de los dogmas cristianos, sondear la profundidad de estas manifestaciones de un amor, de una justicia y de una misericordia infinitas, sumergirse en la contemplacion de estos misterios adorables por mas que incomprendibles, sin sentir un estremecimiento de asombro ni un arranque de ternura, es clara prueba de abrigar una inteligencia muy rastrera y un corazon del todo desecado.

Si alguno de los seducidos por las argucias de un naturalismo glacial y sistemático, al introducirse en solitario templo, pudiese abandonar á sus puertas todas las preocupaciones de escuela y de partido, como su calzado los musulmanes; si le fuese dado sofocar todos los gritos de sus pasiones siempre rebeldes al yugo, y al hincarse de rodillas ante la efigie del Crucificado se dejase llevar del recogimiento que inspiran la oscuridad y el silencio del lugar santo; si tuviera la suerte de poder evocar reminiscencias de piadosas lecturas, y consintiera en revestirse por breve rato con la fe de un creyente y la humildad de un asceta, siquiera fuese como con un manto prestado; de seguro que la nieve de su incredulidad no resistiria á la benéfica influencia de un calor inesperado. De seguro que aquella efigie no quedaria en su concepto reducida á ser el retrato mas ó menos auténtico de un personaje que

figura en la historia del mundo. Sus antiguas objeciones se desvanecerían como las nieblas de la mañana, poco á poco penetraría en su interior una suave luz como la de los primeros albores en enriscada caverna, y su corazón pasaría de la compasión al compungimiento, realizándose en su espíritu un fenómeno que tal vez había creído imposible. De seguro que doblaría algún tanto la cerviz, ó del todo inclinaría la frente, ante el misterio de amor inmenso que representa la imagen del Crucificado.

Misterios! oh! no: no se asustaría entonces de esta palabra, que tales antipatías despierta en la gente descreída y apegada á la tierra como el pulpo á las marítimas rocas; no, porque precisamente en la sublimidad de sus misterios estriba la grandeza de la religión cristiana. Al considerarlos en su conjunto, en su elevación inaccesible, en su maravillosa armonía, al considerar como responden á las necesidades y á los inmortales destinos de la humanidad, como esplican sus miserias, regulan sus derechos, determinan sus deberes, robustecen sus virtudes, dulcifican sus tribulaciones, siendo en todo tiempo y lugar fuente inagotable de consuelos y esperanzas, no se puede menos de exclamar: ¡oh alteza de los tesoros de la sabiduría de Dios! Verdaderamente la religión cristiana es una religión divina; porque de no serlo, resultaría que el hombre hubiera imaginado unas demostraciones de poder, unos prodigios de bondad, unas finezas de amor, mas grandes que las que Dios habría realizado.

Al hombre mas versado en ciencias naturales dotémosle también de una imaginación la mas fecunda y creadora, y preguntémosle despues si se dá en ánimo de inventar una máquina mas perfecta, de concebir un mundo mas bien ordenado que el existente: preguntémosle si se encuentra capaz de enmendar la plana al supremo Hacedor. Astrónomos habrá por desdicha que nieguen su asentimiento á las verdades reveladas, matemáticos que en sus cálculos y sistemas eliminan tal vez á Dios y se atrevan á repetir la espresión impía de *que no tienen necesidad alguna de semejante hipótesis*; pero ninguno hay tan osado que reprodujera seriamente el famoso dicho atribuido al décimo Alfonso de Castilla. No, las obras del hombre nunca podrán aventajarse á las obras de Dios, y absurdo fuera suponer que en el órden moral pueda haber acontecido lo que en el órden físico es un imposible á todas luces evidente.

Asevera el racionalismo que Jesus de Nazareth era un hombre, que tomando pié de ciertas tradiciones hebraicas se llamó hijo de Dios, y que á pe-

sar de su ajusticiamiento sus discípulos le proclamaron por Dios esparciendo esta creencia por todo el mundo. Si esto fuese así, lo que unos hombres han hecho pudieran haberlo hecho otros hombres, y con mejor éxito aun, disponiendo de circunstancias mas favorables. Serio es por demás el asunto de que tratamos; pero permítasenos que la imaginación tome en él una parte activa solamente como auxiliar del raciocinio.

Es harto sabido que al morir Alejandro el Grande, precisamente á una edad como la de Jesucristo, no solo había trepado hasta la cumbre del engrandecimiento humano, sino que había recibido también los honores debidos únicamente al sér divino. Supongamos, pues, que á su muerte el cálculo hubiese echado mano al incensario de la lisonja, y que aquella efímera apoteosis se hubiese trasmitido á la posteridad, subyugado la conciencia de los pueblos y prolongado su duración por espacio de muchos siglos. Borremos de la historia las dinastías de los Lágidas y Seléucidas, y supongamos que los generales del conquistador macedonio, en vez de desmembrar aquel vasto imperio movidos por su personal ambición, hubiesen tratado de consolidarlo, y creído que para ello era lo mas conveniente establecer un califato: que hubiesen logrado cubrir perfectamente sus políticos fines con el manto religioso, y prevalidos de aquellas mismas tradiciones hubiesen aclamado al hijo de Filipo hijo de Dios, declarándole Mesías y redentor de la humanidad. Y prosiguiendo esta escursión por los países imaginarios, supongamos que el sexagenario Aristóteles, llevado del afecto á su real discípulo, se presta á ser el S. Pedro de la nueva religión, que los filósofos griegos determinan su moral con las ideas predominantes en sus diversas escuelas, y que arrebatados estos por un celo ardiente de proselitismo, tejen fábulas como los senadores romanos en la muerte de Rómulo, pasan la esponja sobre ciertas debilidades, y esplican el incendio de Persépolis como si fuese el de Sódoma y Gomorra.

Ahí tiene el racionalista ancho campo en que esplayar su fantasía. Historia, caracteres, moral, dogmas, y si quiere misterios, todo lo puede fabricar á su antojo. Pondrá ó dejará de poner lo que á su razón contraríe; pero ¿no es verdad que por mucho esmero que ponga en la elaboración de esta obra, siempre verá en ella una marca que revelará su procedencia de fábrica humana? ¿No es verdad que en este código de moral donde faltará *bienaventurados los pobres, los humildes, los hambrientos, los que padecen persecucion*, en estos nuevos dogmas

religiosos que no traspasarán los límites de la humana filosofía, en este Dios humanado no para enaltecer sino para avasallar al hombre, que bajó del cielo para disfrutar de todas las delicias y grandezas de la tierra, que dobló las cervices sin atraerse los corazones, que recompensó á los suyos con oro y placeres, que se enseñoreó del mundo no comprándolo con su sangre si no vencéndolo con su espada, ¿no es verdad que en todo esto no se encontrará nunca el misterioso idealismo, el encanto irresistible, el *quid divinum* que resplandece en la historia, en la doctrina y en la persona de Jesucristo?

Oh! no, no es que los hombres le hayan deificado. No estaba, no, en la fuerza de su ingenio el inventar la originalidad de la narración evangélica: no estaba en la perspicacia de su talento él adivinar la sublimidad que se escondía en el escándalo de la cruz.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

Reparamos á tiempo una omisión en que incurrimos. Entre las numerosas comisiones recibidas por su santidad el día primero de año, se cuenta la que representaba á todos los seminarios extranjeros residentes en Roma, cuya voz llevó monseñor Kirby rector del colegio irlandés, contestando el papa con el siguiente discurso:

«Si, es un exactísimo pensamiento el que acabáis de expresarme; si, es muy cierto que la Iglesia está fundada *supra firmam petram*. Este es un hecho incontestable y una brillante prueba de que la Iglesia es la obra de Dios. Este fundamento de solidez, de firmeza, de fuerza, es su carácter, que resplandece en todas las épocas, y especialmente en las de persecución y tiranía.

Si quereis una demostración de ello, la teneis en el santo que honrábamos hace pocos días. San Estéban fué uno de los primeros hijos de la Iglesia católica, y sabemos que él no deseaba otra cosa que anunciar y defender la verdad. Pero la verdad, ¡oh hijos míos! era ya combatida entonces por los fariseos, como lo ha sido siempre y lo es en los tiempos actuales por los sucesores de los fariseos: no se quiere comprender la verdad. El proto-mártir san Estéban fué la primera víctima del amor por la verdad; fué sacrificado por los incrédulos y los enemigos de la verdad, y mientras sufría la lapidación, y aun en el momento de entregar su alma á Dios, rogaba por sus enemigos.

No hay duda, la Iglesia ha vencido siempre; las oposiciones, las opresiones, la tiranía no han podido subyugarla. Las piedras que se lanzaban hace diez y nueve siglos al primer mártir, son arrojadas aun en nuestros días contra los defensores de la verdad. Los ministros de Dios, los miembros del clero regular están espuestos á todas las injurias, á las pedradas, á los palos, á las blasfemias. ¡Espectáculo lleno de tristeza! Aquellos mímos que debieran poner un freno á estos desórdenes, hacen como Saulo, guardan los vestidos de los agresores, dándoles así una protección ó al menos mayor libertad de acción para lanzar las piedras sobre los ungidos del Señor.

Pero todo esto produce una cosa muy consoladora; en todas partes hay un despertamiento de la fe, que da á los fieles el santo valor de dirigirse con un amor lleno de con-

fianza á Jesucristo, y de hablar á los poderes de la tierra con toda la fuerza de sus convicciones. ¡Que Dios sea pues alabado y bendecido en todas las santas disposiciones de su Providencia! Imitad, hijos míos, á san Estéban, yo os lo recomiendo: vosotros no hareis como él milagros propiamente dichos, *signa multa et prodigia*; pero podeis imitarle de una manera que podría tambien producir milagros. Si, hay milagros al alcance de todos, y yo os voy á citar un ejemplo, el de vencer las pasiones. Un joven orgulloso convertido en cordero de humildad, hé aquí un milagro: otro, dado á distracciones, poco aficionado al estudio, llegando á ser aplicado, recogido y completo en el cumplimiento de sus deberes, hé aquí otro milagro. Estos son prodigios que yo os deseo hagais; por este medio probareis á la sociedad moderna que apenas cree en los milagros que, mediante la gracia de Dios se puede cambiar de carácter, que el leon puede convertirse en cordero y el águila en paloma. Y estos son grandes milagros.

Para lograr mejor este fin, os recordaré una exhortación que san Francisco de Sales hacia á cada uno el día de la Circuncisión. Decia: «Que cada cual tome una pequeña gota de esta sangre preciosa que sale por primera vez del cuerpo santísimo de Jesucristo, y que coloque esta sangre sobre su corazón; porque cuando el ángel exterminador se presente, al ver esta sangre, seguirá su camino y no tocará á los que la lleven en su seno.»

Yo os dirijo la misma exhortación: poned sobre vuestro corazón una gota de sangre preciosa de Jesucristo, y no temais nada; el ángel exterminador no se atreverá á tocaros; vosotros no tendreis por qué temer su espada, pero le venceréis y podreis repetir sobre vosotros mismos los milagros de que os acabo de hablar. En este caso, hijos míos, podeis alimentar la dulce esperanza de imitar igualmente á san Estéban en las visiones consoladoras de la última hora, y podeis repetir con el primer mártir: *Ecce video caelos apertos et Jesum stantem ad dexteram virtutis Dei*. Yo veo el cielo abierto, y mientras que los hombres me persiguen y atormentan, Jesucristo estiendo sus brazos hacia mí desde lo alto del paraíso y envía sus ángeles á mi encuentro; los ángeles vienen á mí, para que al dejar esta material envoltura que llamo cuerpo, pueda volar con ellos al cielo. Estoy lejos de afirmar que todos vosotros vereis el cielo abierto á vuestros ojos á la hora de la muerte; pero despues de los milagros que acabo de aconsejaros, es cierto que tendreis en esta hora la conciencia tranquila, llena de paz el alma. Podreis decir á Dios: *Fidem servavi*. ¡Oh Dios mio! yo he sido fiel. *Cursum consummavi: in reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam das, juste iudex, non solum mihi qui nunc morior, sed omnibus illis qui diligunt adventum tuum.*

Hé aquí los deseos que tengo para vosotros en este primer día del año y á que voy á acompañar mi bendición. Os bendigo para que podais alcanzar aquel precioso fin. Os bendigo en vuestros estudios, en vuestras oraciones y aun esparcimientos, en una palabra, en cuanto hagais en la vida por la gloria de Dios. Adelante, queridos hijos, adelante, es preciso no dormirse: porque los tiempos son malos: *tempus faciendi, Domine; dissipaverunt legem tuam*. A nosotros, al clero corresponde defender los derechos de la Iglesia, emplearse en la salvación de las almas, estender por toda la tierra el reinado de Jesucristo.

Dios os llama á tan alta misión, y es grandísimo honor para vosotros el lograr su cumplimiento. Pues fijad vuestros ojos llenos de fe en el cielo, y ved á Jesucristo que levanta el brazo en este mismo instante y os bendice, sosteniendo el débil brazo de su indigno vicario.

Al mensaje de adhesión que leyeron el día 13 del corriente los párrocos de Roma ante el sumo pontífice, contestó este en los siguientes términos.

«La Iglesia, despues de celebrar las funciones que recuerdan el nacimiento del divino Redentor en Belén, despues la Circuncisión, la disputa con los doctores, si así puede llamarse, pues sabemos que Jesús no discutía, limitándose á preguntar y responder, la Iglesia, repito, despues de recordarnos todo esto, conmemora las tres tentaciones que

Dios permitió sufriese nuestro Salvador, y son las tentaciones de la ambición, de la presunción y de la avaricia. Dios no permitió la más inmundada de todas, porque no quiso que el género humano tuviese, al pensar en el Redentor, que manchase de alguna manera con semejantes indignidades.

Acabadas las sagradas ceremonias de Navidad, volvemos á la lucha (que no data del presente año) con las tentaciones del demonio. Se viene tentándonos, ofreciéndonos dinero y diciendo: *Mitte te deorsum*; sí, se nos tienta cuando se nos dice al oído: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*. Tentación muy perversa y la peor de cuantas debemos sufrir. Se viene á nos diciendo melosamente: padre santo, ceded á una buena inclinación; tratemos de entendernos, lo que será mejor para vos, y para todos traerá la paz; hé aquí tres millones, seis millones, cuanto queráis: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*. ¡Desgraciados! ¿Qué responder á semejantes proposiciones? La respuesta Jesucristo nos la ha dado, mis queridos hermanos, y Jesucristo sabrá darnos la fuerza y el valor de seguir sus santas huellas hasta el fin de nuestra jornada mortal. Esperándolo así, os recomiendo que repitais á vuestros feligreses lo que acabo de decirlos sobre mi resolución: esto será lo mismo que si yo hubiera hablado á mi buen pueblo de Roma.

Enseñadle á resistir á las tentaciones: nada de presunción, si queremos que nuestras súplicas sean oídas. Dios no escucha sino á los corazones humildes; nada de avaricia; no sigamos la gran seducción del día que consiste en amontonar tesoros: un terrible castigo herirá á los que aman el dinero. Pero hecho esto, alentad vosotros á vuestros buenos feligreses. Que no olviden que tras las tentaciones descendió un ángel á consolar á nuestro Señor Jesucristo: decidles, pues, que eviten el sucumbir á las tentaciones; alentadlos para que las combatan y jamás abandonen un solo instante la práctica santa de la humildad y de la oración: después los ángeles de Dios vendrán y nos distribuirán á todos el pan del consuelo, del mismo modo que en el tiempo á que me refiero: *ministrabant ei*. Sí, Dios acabará por oírnos.

Muy recientemente un buen religioso se presentaba á mí, y se excusaba por su sordera; efectivamente, tenía muy torpe el oído. Me ha contado con visible gozo que en su país se oraba mucho por el papa, por la Iglesia y por la paz del vasto reino á que este padre pertenecía. Esperemos, esperemos, le he respondido alzando la voz. Dios tiene los oídos menos torpes que vosotros. Os repito lo que he dicho al excelente religioso; Dios nos oye, y debemos tener plena y entera confianza en su misericordia.

Ahora os bendigo en vuestras personas y familias, así como en las personas y familias de vuestros feligreses. Bendigo también vuestra palabra para que lleve los frutos de la vida eterna. Que Dios os dé todo el espíritu de caridad y celo que es necesario en la gloriosa y á la vez espinosa carrera para que habeis sido escogidos por el mismo Dios.»

Unos docientos niños pertenecientes á la clase media de Roma esperaban en unión de sus padres, ha pocos días, á su santidad en una de las salas del Vaticano. A la aparición del venerable y amadísimo padre un cántico religioso brotó de aquellos tiernos corazones, con tanta unión y armonía que el papa mismo exclamó conmovido: «Bravo, mis queridos pequeños: *Laudate pueri Dominum*». Después de repartirles numerosos regalos, habló en los siguientes términos:

«Es dulce á mi corazón poder empezar las pocas palabras que pienso dirigiros, anunciándoos una nueva, nueva muy consoladora que se me ha comunicado ayer tarde, y que aun merece, es cierto, una confirmación definitiva. Sabéis que cuando el Señor permite á los hombres el descubrir los cuerpos de los santos por largo tiempo ocultos, es en general un signo de sus bendiciones. Pues bien, he sabido ayer tarde, que después de largas investigaciones en la Iglesia de los Santos Apóstoles, se ha logrado descubrir los cuerpos venerados de los dos apóstoles san Felipe y Santiago. Se han tocado las urnas, y se han encontrado muchas pruebas que confirman que la tradición no se había engañado.

La tradición, en efecto, nos ha dicho siempre que estos dos cuerpos debían hallarse bajo el altar mayor, de aquella iglesia. Debiendo repararse este altar mayor se han encontrado las preciosas reliquias. Vosotros sabéis que uno de estos santos, el apóstol Felipe, era el fiel compañero de Jesucristo, á quien seguía por todas partes. Se encontró con él cuando, apartado de los lugares habitados, trató de alimentar la muchedumbre que hasta allí le había seguido. Entonces hizo el prodigio conocido por todos; se dirigió á Felipe, y le encargó buscar el alimento para toda aquella gente, á lo que respondió él: Maestro, esto es imposible; entre toda esta multitud que os rodea no hay más que un joven que ha traído dos panes y algunos peces.

Es esta costumbre de niños. Me acuerdo que, cuando no estaba encerrado dentro de estos muros, encontraba muchas veces jovencitos, sobre todo en mi paseo á Monte Mario. Allí los encontraba más frecuentemente, les detenía algunas veces y les preguntaba sobre doctrina cristiana. Pues bien; he notado casi siempre que llevaban consigo pequeñas provisiones. No es una tendencia mala la de prevenirse contra el hambre; al contrario, demuestra en los niños un cierto espíritu de precoz prudencia; pero no es necesario caer en el feo pecado de la gula, que no es raro en vuestra edad. Sed, mis pequeños prudentes sí, pero glotonos jamás.

Ahora voy á bendeciros con todo mi corazón; pero antes quiero imponeros una pequeña obligación, que cumplireis hoy mismo. Sabéis que al presente pesan sobre el mundo grandes males, y que contra estos males no hay más que un arma: la oración. Yo deseo que esta tarde levanteis todos al cielo vuestras manecitas, diciendo una *Ave Maria* para que la Santísima Virgen proteja á la Iglesia fundada por su hijo, y nos obtenga de él la gracia de la constancia y de la fuerza contra las persecuciones que nos rodean. Partiendo esta súplica de vuestras bocas inocentes, será agradable á Dios: esperemos que será oída.

Que Dios os bendiga: creed en su santo temor y en la obediencia á cuanto es justo, bueno y provechoso para vuestras almas. Bendigo á vuestros padres y familias. Que Dios les conceda la fuerza y la perseverancia de manteneros á todos en los principios de la fe y de la ley divina, y de llegar por este camino, y en medio de los consuelos que les dareis en esta vida, al fin supremo, que es el de veros á todos unidos con ellos en el cielo, donde bendeciréis al Señor por toda la eternidad.»

El día 20 recibió el papa la visita de unas 200 damas romanas de la asociación de María, á las que dirigió estas palabras:

«Puesto que pertenecéis á una congregación de María, no haré sino recordaros un consejo que nos viene de María, y que se encuentra precisamente en el Evangelio de ayer donde se trata de un consejo nupcial. Jesucristo que quería santificar el matrimonio y elevarle á la dignidad de sacramento, habiendo sido invitado á un banquete, no se negó á asistir. ¿Qué sucedió? A lo mejor del festín la alegría se tornó en tristeza, porque el vino se concluía y no había medio de renovarlo en el momento. Pero Jesucristo, siempre amable, quiso hacer el milagro de cambiar el agua en vino. ¿Pero á petición de quién concedió esta gracia? A instancia de María, su madre. Ella lo pidió á su hijo, y dió también á los criados de la casa las órdenes y disposiciones relativas al milagro que debía tener lugar.

Hay en esto una observación importante que hacer, y deseo vivamente que vosotras no la perdáis de vista, mis queridas hijas: observación que se refiere á las palabras de que la Virgen se sirvió en esta circunstancia. ¿Qué dijo á los de la casa que aguardaban sus órdenes y las de su hijo? *Quæcumque vobis dixerit facite*. Todo lo que Jesucristo os mande hacer, hacedlo sin retardo. Obedecido al punto Jesucristo, y luego que ordenó llevar vasijas llenas de agua, cambió al punto su contenido en vino.

Pues bien, hijas mías, María nos repite hoy á todos, á mí, á vosotras, á todo el mundo: *Quæcumque vobis dixerit facite*. Jesucristo nos ha dicho tantas y tan hermosas cosas, que si meditamos como conviene sobre su enseñanza, en-

contraremos siempre en ellas algo de nuevo que practicar para nuestro bien temporal y espiritual. Debemos pues tratar de seguir á Jesucristo cuanto es posible, y perseverar en sus huellas constantemente; sin esto corremos el peligro de perder el camino y no reconocer los deseos y consejos del Señor. Debemos servirle en la alegría como en la tribulación, porque en él solo debemos poner nuestra confianza, porque él viene en socorro de nuestra debilidad, y él nos ha de conceder algún día la gracia de ver al sol más resplandeciente, acabados los terremotos y restablecida la calma así en el orden físico como en el moral.

Hé aquí lo que tenía que decir, mis queridas hijas: dicho esto, debo daros las gracias por las ofrendas que me habéis presentado y también bendeciros. Bendigo, pues, á todas las personas aquí presentes y á sus familias, pidiendo á Dios os conceda las facultades necesarias para dirigir al bien las jóvenes que están bajo vuestra guardia. Que la gracia de Dios descienda sobre vosotras y haga fecundas vuestras intenciones y trabajos; que os acompañe hasta la hora postrera, y sea una prenda de que podamos encontrarnos un día en presencia de ese Dios á quien invoco, para bendecirle eternamente.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LAS VIRTUDES CRISTIANAS JUSTIFICADAS ANTE EL MUNDO.

Interrumpiendo la serie de ideas iniciada y seguida en las conferencias anteriores, el Pro. don Miguel Maura se propuso desarrollar en la del último domingo un tema diferente aunque no menos provechoso y oportuno. De provechoso y oportuno lo calificamos, refiriéndonos mas bien que á las condiciones especiales del auditorio, á la multitud de errores y de falsos conceptos que en la época actual por todas partes circulan y predominan. Voy, dijo el señor Maura, á hacer la apología de las virtudes cristianas, y no dejaré de pareceros extraño que estas virtudes necesiten apología. Pero el mundo las aborrece, las infama, las calumnia, y conviene justificarlas ante sus ojos para que así no pueda encontrar disculpa á su malicia: se empeña en darles un falso nombre para poder mas libremente despreciarlas; así como se empeña en dar un falso nombre á los vicios para poder mas libremente seguirlos. Las virtudes cristianas son hijas de la Iglesia católica, son frutos de su enseñanza, son actos debidos á su inspiración, y el odio ciego que á la Iglesia se profesa no tiene poder bastante para deslustrarlas y oscurecer su brillo. Son reflejos de la santidad esencial á Dios, cuyas incomunicables virtudes pudieran decirse que tomaron forma imitable en la persona de Jesucristo. La Iglesia no enseña otras mas que las practicadas y recomendadas por el divino hijo de María; luego para denigrarlas es preciso denigrar á su autor y su modelo, al que es para los creyentes, suma de perfecciones infinitas, y aun para los mismos incrédulos, prototipo de perfecciones humanas. La humildad no es una virtud propia de almas rastreras y mezquinas, es, al contrario, efecto de una luz interior que nos hace conocer la verdad respecto á lo que somos y á lo que valemos. Solamente las almas generosas y levantadas tienen

valor bastante para sondear las profundidades de su conciencia al resplandor de esa antorcha que la humildad mantiene encendida. Toda dádiva que baja del cielo trae honra y provecho, el humilde se aplica el beneficio y devuelve á Dios el honor que le es debido; así al paso que manifiesta su agradecimiento, manifiesta su amor á la justicia no apropiándose lo que no le corresponde. Todo aquel que se conoce á sí mismo es necesariamente humilde, y como en este conocimiento estriba la sabiduría, segun la máxima de los antiguos, de aquí resulta que la humildad viene á compendiar en sí la verdad y la sabiduría, la magnanimidad y la justicia. Y tanto es así que aun el mundo mismo, que en tan poca estima tiene á esa virtud cristiana, porque desconoce lo mucho que ella vale de suyo y lo mucho que enaltece á quien en ella se ejercita, desprecia á sus ídolos y murmura de sus héroes si no los ve cubiertos con el manto de una humildad siquiera aparente. Los santos mas humildes son los han llevado á cabo mas gloriosas y colosales empresas, luego es claro que la humildad no empequeñece las almas, no las debilita, no las desalienta; antes bien, las ensancha, las vigoriza, aumenta por decirlo así, la fuerza y elasticidad de sus resortes: porque como el humilde no cuenta nunca con sus propias fuerzas sino con los auxilios de lo alto, por lo mismo puede y sabe desplegar mayor actividad y energía.—Reflexiones por el mismo estilo hizo el orador acerca de la paciencia. Esta, dijo, no es virtud de almas cobardes, puesto que el arrostrar las adversidades y amarguras de la vida ha sido siempre una prueba de ánimo varonil y esforzado. Padecer y sufrir sin pasión, sin interés, sin esperanza en este mundo, es una prueba de ardiente fe al mismo tiempo que de heroica fortaleza. ¿Y cómo ha de ser de almas cobardes la paciencia si precisamente esta virtud consiste en hacernos superiores á nuestra originaria flaqueza y en rechazar hasta los vislumbres de cobardía? Mejor temple de alma se necesita para sufrir una injuria que para vengarla: mas valor se necesita para ser un Job que para ser cualquiera de los héroes del gentilismo. Cuando la paciencia no sirviese para hacer Alejandro y Escipiones ¿qué importaría si con ella se forman Estanislao Koska ó Luises Gonzaga? La vida es una lucha continua contra el dolor físico ó contra el dolor moral, ¿y quién encontrará mas admirable la jaclancia de los estoicos que la resignación y paciencia de los cristianos?

El orador adujo otras reflexiones y presentó el ejemplo de los mártires del cristianismo en contraposición de los guerreros y conquistadores que el mundo proclama héroes; mas como hubiese ocupado la atención de su auditorio por un espacio regular de tiempo, dejó para esta noche la continuación de su discurso, despues del cual unos muchachos representarán un pequeño drama bíblico titulado *José vendido á los ismaelitas*.